

La farsa religiosa sobre las tumbas

"Política" Madrid
5 nov. 1937.

Por el P. SALVADOR DE HIJAR

Recordando a los muertos de la guerra, visité ayer tarde el cementerio. Frentes entenebrecidas por las alas de la tristeza, ojos humedecidos por el llanto, rostros arados por el rejón del sufrimiento, cuerpos encorvados bajo la pesadumbre del luto; suspiros, sollozos, lamentos fueron el homenaje de los vivos a la memoria de los muertos; homenaje de sacrificio y de oración; el sacrificio del dolor y la oración de las lágrimas.

En el cementerio de Valencia, donde subsisten las cruces y las imágenes, y las lamparitas que arden, temblorosas, en las capillas y en los nichos, ante los crucifijos, he rezado la oración de la fraternidad cristiana: el Padre Nuestro; y la han rezado también cuantos sinceramente han querido hacerlo; porque en la zona leal todo ciudadano es libre de su credo religioso.

Bajo los austeros cipreses—centinelas del dolor en la ciudad de los muertos—y junto a las cruces de los sepulcros, clavadas en el cielo como áncoras de esperanza en el eterno reposo, medité profundamente. La multitud de visitantes, en procesión doliente, desfilaron por las fúnebres avenidas, como la Virgen Dolorosa por la calle de la Amargura. Yo hundía los tentáculos de mi pensamiento en los corazones heridos por el puñal de la desgracia y en los sepulcros abiertos por la zarpa de la guerra.

¡Cementerios de España! ¡España convertida en cementerio inmenso, regado con la sangre de los caídos y con las lágrimas de los que quedaron!

Fray Salvador de Hajar, autor del presente artículo



De todos los hogares donde la contienda fratricida ha dejado tantos puestos vacíos que hoy llenan el llanto y el dolor, y de todas las tumbas que la guerra ha colmado de cadáveres llegaron a mi espíritu el eco de los gemidos, el violento palpar de los corazones vulnegados, la intensa vibración de los sollozos y el susurro misterioso de las plegarias. Y bajo las losas y detrás de las lápidas de las sepulturas oí resonar la quejumbre de la muerte, lanzada del fondo de los ataúdes contra los que desencadenaron la guerra y contra los que la bendijeron; militares y sacerdotes.

De todos los hogares donde la contienda fratricida ha dejado tantos

Los militares, que provocaron la hecatombe de la guerra y afilaron los oídos con sus calumniosas propagandas, y desenvainaron la espada para teñirla con la sangre de los hermanos, y encendieron el fuego de sus cañones, destructores de las cunas y de los sepulcros, y sembraron España de cadáveres, habrán orado por los que ¡ellos! asesinaron. "Resquiescant in pace"—descansen en paz—habrán dicho al final de sus oraciones. ¡Irrisión sangrienta!

Los cementerios de Bilbao—Derio, Vista Alegre—y de Durango, y de Huesca, y de Belchite fueron batidos por los cañones de los rebeldes. Los obuses extranjeros pulverizaron las tapias, los nichos y los panteones. La metralla aventó los ataúdes y los cadáveres destrozados. Algunos de éstos fueron pasto de las bombas incendiarias y reducidos a cenizas.

Testigos presenciales dan fe de esto.

La hazaña macabra fué de los bárbaros sedicentes, portadores, custodios y defensores de la civilización; ministros de la espada, que en ella cifran el derecho y la moralidad. Y lo terriblemente doloroso es que mereció las bendiciones de algunos ministros de la Cruz.

Los sacerdotes, que bendijeron las banderas y las armas de la rebelión, y fueron cómplices, sino causa, de muchos fusilamientos, celebraron misas "pro defunctis" y rezaron responsos. ¡Espeluznante sacrilegio profanador de lo más sagrado que existe sobre la tierra: el altar y el sepulcro!

Mercantilistas del templo, negociaron con las almas y con las cenizas de los muertos.

Religión farsante es la de cuantos matan o vitorean al matador, en nombre de su credo, y en ese mismo nombre ruegan por los asesinados. La religión de Jesucristo es religión de paz: paz para los vivos, con el amor y la justicia; paz para los muertos, con las lágrimas y la oración.

Que apaguen el fuego de sus cañones los rebeldes a España y al Evangelio de Cristo, antes de rezar. Mientras sus ametralladoras desgranen el rosario abominable del odio y de la muerte, no podrá ser recibida por el Dios de la paz su oración, que pide descanso eterno para los difuntos. Los cadáveres de los fusilados criminalmente—algunos sagrados por ser de sacerdotes católicos—, de los caídos en los frentes de batalla, y de las víctimas inocentes sacrificadas por los bombardeos, y los padres, los esposos, los hijos y los hermanos que no tendrán ni el consuelo de saber dónde está la sepultura de sus muertos, claman con voces desgarradoras y maldicen esa farsa religiosa que montó sobre las tumbas su tinglado de misas y de rezos. Los muertos abominan de la oración de esos católicos que matan y de esos sacerdotes que consagran la guerra civil. La oración por los muertos es hija del amor; los que odiaron y mataron no pueden rezar por ellos. Su plegaria resuena sobre las sepulturas como sacrilega carcajada de asesino sobre el cadáver de la víctima.